más completa; salta de júbilo, porque viene á tí tu rey, tu Salvador, el justo, lleno de dulzura, lleno de amor, lleno de bondad, lleno de mansedumbre." (1) El Señor que ahora te juzga, es el mismo que te ha alimentado, y te ha alimentado, porque has puesto la confianza en El; arroja en su seno todas las inquietudes, (2) y no des lugar en el tuyo al temor, porque éste puede hacerte caer en la desconfianza.

Ante mis ojos se abrirá el libro de la vida. Es verdad que mis pecados llenaron la mayor parte de sus hojas; pero también lo es que todos quedaron lavados con la sangre de la Eucaristía, que hizo desaparecer hasta las huellas más imperceptibles de aquellos.

En las páginas de este libro no aparecen más que las buenas obras que el Señor me ha inspirado, y en cuya ejecución me ha sostenido, que han constituído mi preparación remota; y esos afectos íntimos y dulces con que Jesucristo me ha regalado en mi preparación próxima para la Sagrada Comunión.

(1) Is. LXII, 11. Ap. XXII, 12. Zac. IX, 9. San Mat. XXI, 5.
(2) Ps. LIV, 23.

María Santísima, mi buena, mi tierna, mi amorosa Madre, que en la Sagrada Eucaristía no sólo me ha visto, no sólo me ha acompañado, no sólo ha rogado por mí, sino que me ha dado parte de su carne y parte de su sangre, estará allí presente con sus entrañas de Madre, después de haber rogado por mí, como tantas veces se lo he suplicado y sin cesar se lo suplico.

También estará allí mi ángel de guarda que tantas veces me llevó á la Mesa Eucarística, y los demás ángeles, que con él rodeaban el altar.

De este conjunto tan bello y tan consolador brotará la sentencia: sentencia que me es bien conocida, pues la he podido leer en la Sagrada Eucaristía.

"Ven," me has dicho y me repites sa- ésta, pues quiero aliviarte porque estas fatigado."

"Ven" á sentarte conmigo en el festín que para ti he preparado, come y sáciate; bebe y embriágate."

"Ven," porque mis delicias las hago consistir en estar contigo."

Y al acudir á tu generoso llamamiento, no me dejas retirar ayuno y seco; sino

que después de haberme dado tu carne como alimento y tu sangre como bebida, me das tu bendición, en tu Nombre, en el Nombre de tu Eterno Padre y del Espíritu Santo, expresándome tu deseo de que esta benéfica bendición, descienda sobre mí, y permanezca siempre en mí. (1) Y en mi juicio me dirás lo mismo: "Ven, bendito de mi Padre." (2)

En la Eucaristía me dices: toma y come, porque éste es mi cuerpo; toma y bebe, porque ésta es mi sangre; porque esto soy yo; porque yo soy la Bienaventuranza, y en mí está la felicidad del Cielo; y este alimento, y esta bebida, para ti lo preparé la víspera de mi muerte al comenzar mi Pasión, y para ti lo concebible resolver tu creación, al comenzar la Eternidad. Y en mi juicio, después que me hayas llamado con aquellas consoladoras palabras, agregarás estas otras impregnadas de felicidad: "á gozar del Reino que desde la Eternidad tengo preparado para tí:" á gozar de mí. (3)

Y para darme á conocer el fundamento

(1) Palabras de la Liturgía.
(2) San Mat. XXV, 34.
(3) Ib.

de tan venturosa sentencia, me dirás: porque tuve hambre y me diste de comer; tuve sed y me diste de beber; era peregrino y me hospedaste; desnudo y me cubriste; enfermo y me visitaste, encarcelado y me llevaste tus consuelos." (1)

Pero cuándo—te diré sorprendido—he hecho todo ésto? (2) Siempre que has hecho ésto con los pobres, y cuando me recibiste en la Eucaristía! Por que yo, al instituir este admirable Sacramento, te dije en la persona de mis discípulos, que ardientemente deseaba comer esta carne y beber esta sangre contigo: y este ardentísimo deseo de comer y de beber, era una hambre devoradora y una sed irresistible: hambre que tú al comulgar has calmado; sed que tú al comulgar has satisfecho.

Yo al bajar del Cielo, obediente á la voz del Sacerdote, estuve en la tierra como peregrino; pues en sus manos y en el altar, en el Sagrario y en la custodia, no estuve más que de paso; me dirigía á un corazón, y tú me ofreciste el tuyo, y en él me hospedaste.

Al hallarme en el templo sin adora-

(1) San Mat. XXV, 35 y 36.
(2) Ib. 37.

ción, sin plegarias, sin lágrimas, sin suspiros, me sentía desnudo: todo esto lo recibí de tí en la Sagrada Eucaristía, en la que me diste el más abrigador vestido.

En la hostia consagrada, estaba en la Cruz; estaba clavado, estaba herido, estaba hecho un varón de dolores, pues desde la planta de los piés atravesados por los clavos, hasta la coronilla de la cabeza penetrada por las espinas, no había en todo mi Cuerpo parte sana; estaba leproso, estaba enfermo, y en este lastimosísimo estado recibí tu visita.

Bajo la múltiple cerradura del templo, del Sagrario, del copón y de los accidentes sacramantales, estaba encarcelado; y tú hiciste que todas estas puertas se abrieran, y que yo saliera de mi prisión, y que fuera llevado á tu pecho, y que disfrutara las delicias de estar contigo, y que penetrara hasta el fondo de tu corazón.

Es verdad que en él fuí á inmolarme; pero también lo es que allí me desahogué en las expansiones de mi amor, que en sus manifestaciones y en sus efectos llegó á su máximo: pues "ninguno ama más que el que da la vida por sus amigos." (1.)

(1) S. Juan. XV,13

Todo ésto has hecho por mí en la Eucaristía, y ha llegado la vez de que recibas la recompensa: "Ven, bendito de mi Padre;" ven á gozar, y á gozar para siempre; ven á ser felíz, y á serlo por toda la Eternidad.

Qué relaciones tan armoniosas me descubre mi religiosa meditación entre la Eucaristía y mi juicio!

En la Eucaristía escucho la promesa de que Jesucristo guardará mi alma para la Vida Eterna; y en mi juicio escucharé, así lo espero, la sentencia que introducirá mi alma á la Vida Eterna, para la que la guardó la Eucaristía.

En la Eucaristía veo con la Fé á Jesucristo en el fondo del tabernáculo, oculto bajo las especies de pan y envuelto con las sombras del misterio; y en mi juicio lo veré descubierto en mi lecho de muerte, sobre las nubes de su majestad, entre los resplandores de su gloria.

El alma, en el instante de su juicio, está sola con su conciencia delante de Dios; igualmente sólo con su conciencia está el cristiano en la Eucaristía en el momento de la Comunión.

El cristiano que se acerca en pecado á

la Eucaristía, "come su propia condenación;" (1) el alma que se presenta en pecado en su juicio, se condena sin remedio.

El pecado aleja al hombre de la Eucaristía, todo el tienpo que tarda éste en confesarlo; y en el juicio lo aleja de Dios para siempre.

Si el Juicio Particular es muchas veces una ratificación de los beneficios que el cristiano recibe en la Sagrada Eucaristía, el Juicio Universal, que es una ratificación de la sentencia pronunciada en aquel Juicio, es una confirmación de los beneficios otorgados en este Sacramento.

El eco atronador de una trompeta (2) que se escuchará, levantará todos los muertos dotándolos de nueva vida, para comparecer en el juicio universal.

A la vibración armoniosa de una palabra que se pronunciará "desde donde nace el Sol hasta donde el Sol se pone," (3) se levantarán todos los muertos por el pecado, que han recibido nueva vida por la penitencia, para sentarse en la mesa Eucarística.

(1) 1ª Cor. XI, 29.
(2)-1ª Thes. IV,15
(3) Malaq. I,11

Aparecerá allí Jesucristo entre las nubes del Cielo, cercado de la majestad de Dios.(1) Aparece aquí entre los accidentes del pan velado por las sombras del Misterio.

En el valle de Josafat separará los elegidos de los réprobos, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. (2) En el templo separa del mismo modo, á los que se hallan dispuestos para recibirlo, por estar en gracia, de los que por su abandono, por su indiferencia ó su pecado, son indignos de esta felicidad.

Llamará allí á los primeros para decirles que éntren en posesión de la Bienaventuranza, y apartará lejos de sí á los últimos, arrojándolos al fuego eterno. (3) Y aquí llamará también á los primeros para decirles que guardará su alma para la vida eterna, dejando á los otros expuestos á morir en su pecado.

En el día del Juicio Uuiversal, que más bien debería llamarse el instante de este juicio, las almas se unirán á los cuerpos

(1) S. Mat. XXVI,64
(2) Ib. XXV, 32.
(3) Ib. XXV, 34 y 41

para no separarse de ellos jamás: y del mismo modo, en el instante de la Comunión, Jesucristo se une á el alma para no separarse de ella nunca: pues aunque es cierto que á la destrucción de las especies, Jesucristo se remonta al Cielo y no subsiste en el corazón del cristiano la presencia real, tambien lo es que Jesucristo vive, y está, y permanece en él por la gracia; y esa unión con Dios, último grado de la vida espiritual que se llama la *vía unitiva*, no termina ni en la muerte; por el contrario, en ese instante se enlaza con la perfecta, íntima y venturosa unión con Dios en la Vida Eterna.

Es verdad que el hombre, como mientras está en la vida de la lucha, tiene que sostener la lucha de la vida, y conserva en toda su plenitud su libre albedrío, puede perder la gracia, es decir, pued apartarse de Dios por el pecado; pero és to no quita su carácter esencial á la C munión, ni destruye el principal de s efectos, que consiste en guardar el alm para la vida eterna.

En esta unión del alma con el cuerp éste queda libre de la corrupción del sep cro; y el polvo, á que en virtud de

maldición de Dios, fué reducido, por el efecto de una nueva creación recobró su forma primitiva; y dotado de nueva vida, de nueva hermosura, de dotes celestiales y divinos, vuelve á ser la residencia del alma. En la unión de ésta con Jesucristo, el cuerpo queda libre de la corrupción del pecado; y el polvo que por una verdadera penitencia ha sacudido, no seguirá manchando su hermosura, y merced á la vida de la gracia, volverá á ser templo del Espíritu Santo.

En el día del juicio universal, el mundo será consumido por el fuego. (1) En el día de la Comunión, el mundo, ese enemigo encarnizado del alma, y todo lo que al mundo pertenece, es consumido por el fuego del amor de Dios.

En el Juicio Universal, como en la Sagrada Eucaristía, resplandece el Señor, haciendo resplandecer sus atributos: en el juicio, su Justicia; en la Eucaristía, su misericordia.

En el Juicio Universal deja el Señor conocer el amor con que se ama á sí mismo.

(1) 2ª S. Ped. III, 7.—Joel. II, 3 y 31.—Secuencia de la de Difuntos.—Responso.

En la Sagrada Eucaristía hace sentir el amor con que ama á los hombres.

En el Juicio Universal realiza la amenaza que hizo á la perversidad ante Caifas. En la Sagrada Eucaristía reproduce el beneficio que otorgó á la virtud en el Cenáculo.

El Juicio Universal pone fin á todos los crímenes del mundo. La Sagrada Eucaristía hace desaparecer hasta las más leves señales del pecado.

En el Juicio Universal todos los corazones palpitarán dominados por el miedo y serán quebrantados por el espanto. (1) En la Sagrada Eucaristía todos los corazones palpitan al impulso de la ternura, y desfallecen de amor.

El día del Juicio se verán "fenómenos prodigiosos" en la naturaleza. (2) El día de la Comunión, pasan en el alma del qu la recibe, "cosas grandes y marvillo sas." (3)

En el Juicio Jesucristo bajará del Cie á la tierra al sonido de la trompeta. (En la Eucaristía Jesucristo baja del C

(1) Is. XIII, 7 y 8.
(2) S. Luc. XXI, 25.
(3) Ib. I, 45
(4) Thes. IV, 15,

lo á la tierra, á las palabras del Sacerdote.

A aquella aparición, los hombres que estén en el mundo, verán al Señor á los esplendores de su Majestad. (1) A ésta aparición, los fieles que están en el templo, ven á Jesucristo á los resplandores de la Fé.

En el Juicio Universal, del trono en que el Señor está visible, saldrá una voz diciendo: "Hé aquí el tabernáculo de Dios que viene á hacer su juicio entre los hombres." (2) En la Sagrada Eucaristía, del altar en que Jesucristo está sacramentado, sale una voz que dice: "Hé aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo." (3)

En el Juicio teme el hombre el exámen del Juez." (4) En la Eucaristía goza el ristiano con el amor del Padre.

El día del Juicio es grande, y no hay o que le iguale por lo terrible. (5) El de la Comunión es inmenso, y no hay o que se le parezca en lo hermoso.

) S. Mat. XXIV,30
) Ap. XXI,3
) S. Juan I,29
5) S. Bernardo-Serm. LV
Jer. XXX,7

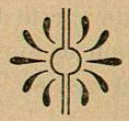
Terminado el Juicio, Jesucristo se eleva al Cielo en compañía de los Bienaventurados. Pasada la Comunión, el alma se eleva al Cielo acompañando á Jesucristo en los afectos de su acción de gracias.

"Antes del Juicio—dice el Espíritu Santo—disponte á ser hallado justo." (1) Antes de la Comunión—dice el Apóstol —prepárate para recibirla con las disposiciones necesarias.

Las relaciones que ligan el Juicio con la Eucaristía, pueden condensarse en una sola reflexión: una buena comunión, prepara un juicio favorable; y un juicio favorable no puede obtenerse, en la generalidad de los casos, sino de una buena comunión.

---

(3) Eccli. XVIII, 19.



QUINTO DIA.

EL INFIERNO